

tan formidables huestes; “*tanto mejor, contesta otro guerrero, peharemos á la sombra.*” ¿Era posible vencer y sojuzgar á hombres de tal naturaleza? Jerjes, sin embargo, confía en la inmensa superioridad numérica de su ejército, y cediendo á su ciego orgullo no vacila en sacrificar innumerables vidas: lanza sus mejores tropas á apoderarse de la posición; pero vano intento, el valor de sus defensores opone siempre insuperable barrera, y los asaltantes son una y otra, y otra vez rechazados, sufriendo increíbles pérdidas.

Quizás allí hubiera encontrado su tumba lo más florido del ejército persa sin la traición y la perfidia encarnadas en un soldado de nombre Epialtes; éste, renegando de su patria, guía al enemigo por senderos ocultos, sólo conocidos de los pastores, y el formidable, ó por mejor decir, invencible obstáculo, es al fin superado. Leónidas comprende su situación y la imposibilidad de continuar la defensa del punto á su valor confiado; pero su altivo corazón no puede sufrir la afrenta de ver á sus enemigos hollar con triunfante pie el suelo griego, y decide perecer en la demanda.

Además, las leyes de Esparta son explícitas y terminantes: vencer ó morir ordenan al guerrero, y éste, en la imposibilidad de obtener el triunfo, se resuelve á lo segundo; antes, sin embargo, trata de conservar á la tierra griega el mayor número de defensores posible, y á este fin ordena á sus huestes marchen á unirse al cuerpo general del ejército griego mandado por Temístocles, reservándose tan sólo trescientos guerreros escogidos que como él ambicionaban sacrificarse gloriosamente.

Al amanecer de tan memorable día, Leónidas invitó á sus soldados á un banquete diciéndoles: “*Comamos bien, porque esta noche cenaremos con Plutón.*” En seguida, avan-

zando al impulso de su civismo y cumpliendo con el mandato sagrado de sus leyes, marcha audaz, se lanza en medio al campo enemigo, penetra en él sembrando por doquier la muerte y el exterminio hasta que al fin, tras horrendos estragos sucumbe rodeado de sus fieles guerreros, ofreciendo así brillantísimo ejemplo y provechosa lección á sus compatriotas, que despertando en ellos noble emulación, les comunica nuevo entusiasmo y nuevo valor, y háceles envidiar la gloriosa suerte cabida á semejantes héroes.

Para perpetuar la memoria de tan brillante hecho colocóse allí una inscripción heroica compuesta por Simónides, que decía: “*Pasajero, ve y di á Esparta que sus hijos han muerto por defender sus leyes.*”

Grecia quedaba abierta por mar y tierra, y Jerjes penetró en ella guiado por los Tesalios; aprovechándose de la oportunidad que se le ofrecía para descargar el odio que profesaba contra la Fócida, sometió aquel país á salvaje devastación.

En Beocia dividió su ejército en dos cuerpos, á fin de apoderarse del tesoro de Delfos y marchar á la vez sobre Atenas, cuya destrucción había jurado.

Delfos estaba casi desierta; pero los dioses, según la tradición, habían prometido defender por sí mismos su santuario; y la leyenda difundida con un fin patriótico afirma que cuando el enemigo penetraba por las silenciosas calles, estalló de pronto violenta tempestad; el grito de guerra resonó en el interior del templo; las armas santas se agitaron con horrisono estruendo, y desde las cumbres del Parnaso descendieron las rocas desprendidas por invisibles manos, sepultando á las primeras filas de los invasores y obligando á las demás á huir vergonzosamente hasta Beocia.

Jerjes, exasperado con semejante revés, logra entrar

en Atenas y redúcela á humeantes escombros, sin comprender que la patria no muere mientras su amor abrasa el corazón de los hijos que en ella vieran la luz.

Las llamas que devoraban á Atenas llenaron de tal pánico el corazón de los griegos, que trataron de disolver su escuadra, á lo cual se opuso el sabio é invencible Temístocles; mas temeroso éste de que al fin se realizara tan descabellada idea, dió aviso secretamente de ello á Jerjes, haciéndole ver que le sería más difícil vencer á cada una de las pequeñas flotas que iban á formarse, que apoderarse de una vez de todas juntas.

Comprendiólo así el monarca persa y aprovechando el aviso, se presentó con 1207 naves ante Salamina, sitio en que estaban ancladas las 300 que componían la escuadra griega, y trabó sangriento combate, sufriendo en él nueva derrota. ¡Día grande para Grecia en que la fortuna la colmó de dones hasta con el nacimiento del gran trágico Eurípides, que en él vió la primera luz!

Artemisa, reina de Caría, que acompañaba á Jerjes en esa desastrosa expedición, habiase opuesto al combate naval que tan caro debía costar á los persas; mas no habiendo alcanzado nada en aquel aciago día, dió muestras de excepcional valor, al grado que se dijo: que los hombres habían peleado como mujeres y las mujeres como hombres.

De la poderosa flota sólo restó á Jerjes un reducido número de bajeles, y avergonzado, resolvió regresar á sus dominios; hizolo así, y cuando atravesaba el Helesponto una deshecha tempestad hizo necesario aligerar la nave que lo conducía; ante esa precisión, los personajes que componían su séquito no vacilan: inclinan sus orgullosas frentes á los pies del soberano y se arrojan al mar.

Temístocles fué proclamado autor principal de la vic-

toria de Salamina, y cuando se presentó en los juegos olímpicos mereció el honor de que todos se pusieran en pie para recibirlo, y Esparta, á donde fué algún tiempo después, entre otros premios le concedió una corona de oliva.

Mas la guerra no podía darse aún por terminada, y necesarios habían de ser nuevos y sangrientos combates antes de llegar á obtener la paz. Mardonio, que inverná en Tesalia, trató de formar una alianza con los Atenienses; pero estos rechazaron orgullosamente sus ofertas.

Por otra parte, los espartanos mandaron pedir á Jerjes una satisfacción por la muerte de Leónidas, acto que asombró tanto al persa que de pronto ni aun contestar pudo; después manifestó al heraldo enviado que Mardonio, al frente de un nuevo ejército, les daría lo que pedían.

Dicho caudillo, después de prolongadas marchas y expediciones, preséntase con una fuerza de 350,000 hombres en las llanuras de Platea, bañadas por numerosos arroyos, y cuya posición estaba ocupada por el ejército griego fuerte de 38,700 hoplitas á las órdenes de Pausanias.

Trabada encarnizadamente la lucha, la suerte al principio se pronunció por Mardonio; pero después, y debido al esfuerzo de los hijos de Esparta, volvióse á favor del ejército griego que alcanzó señalada victoria poniendo en desordenada fuga al enemigo y sucumbiendo su general; del número de guerreros de que se hizo mención, sólo pudieron sobrevivir tres mil, lo que dará idea de la inconcebible carnicería que los griegos hicieron, sin sufrir por su parte más que insignificantes pérdidas.

El mismo día en que se libraba esta memorable batalla (22 de Septiembre del año 479, a. J. C.) el ejército griego mandado por Jántipo el Ateniense y Leotíquidas espartano, obtenía en el Asia Menor la espléndida victoria de Micala, cuyo resultado fué el exterminio del ejército

persa acaudillado por Tigranes y la destrucción completa de su numerosa flota.

Este último triunfo proporcionaba á los griegos la posesión del Mar Egeo; pero el enemigo era dueño aún de la Tracia, teniendo allí una considerable guarnición; preciso era por lo mismo desalojarlo para dejar libre el continente de Europa, y á este fin Leotíquidas se dió á la vela con dirección al Helesponto para destruir los puentes construidos por Jerjes; mas como ya no existían, regresó al Peloponeso.

Cimón, hijo de Milciades, coronó la obra triunfando en Eurimedonte y librando del yugo persa á las colonias del Asia Menor.

Como se ve, los papeles habíanse trocado: de la guerra defensiva, Grecia había pasado á la ofensiva, y ahora es ella quien ataca las posesiones persas y conquista nuevas tierras mermando así la extensión de aquel imperio tan orgulloso en los tiempos de Ciro y de Darío, decadente en la época de Jerjes, y menospreciado ya cuando, por muerte de éste subió al trono Artajerjes, á quien estaba reservado firmar el tratado de paz que puso fin á la dilatada guerra que nos ha ocupado, y por el cual se reconoció á Grecia la posesión de las colonias del litoral asiático.

Terminando aquí el relato de los principales hechos de aquel memorable período, entremos en breves y ligeras consideraciones acerca de la influencia que ejerció y enseñanzas que sugiere.

Según indiqué al principio, la profunda división que reinaba entre los diversos Estados que constituían la Grecia debilitaba á aquella nacionalidad, impidiéndole intentar cualquiera empresa y manteniéndola en situación relativamente oscura é insignificante.

Para salir de ella, preciso era que un gran peligro la

obligara á unificar sus fuerzas y la hiciera figurar entre las nacionalidades que entonces resaltaban; tal circunstancia concurrió en la prolongada guerra que ligeramente hemos bosquejado.

Obligadas las provincias griegas por el natural é intenso amor que nos inspira el suelo de nuestra cuna se ha mecido, al verlo amenazado olvidan sus tradicionales odios y rencores, y las hasta entonces rivales, se unen, formando un cuerpo compacto, y como hemos visto, invencible.

Hasta el interés y orgullo personales son sacrificados en aras de la comunidad de origen: en la batalla de Maratón los generales del ejército aliado ceden el mando á Milciades, reconocido por más capaz; en Salamina, Temístocles es postergado á Euribiades; y en Platea el ejército griego es mandado por el espartano Pausanias, que es auxiliado por el ateniense Arístides.

La unión de los dos estados más importantes de Grecia les comunica fuerza bastante para rechazar al poderoso invasor, merced á lo cual no sólo resisten su empuje, sino aun logran vencerlo, con cuyo hecho aumentase la preponderancia que, si en todas épocas han obtenido las naciones fuertes y poderosas, en aquella de que tratamos la inspiraba en mayor grado.

Aniquilado el invasor, vemos renacer la emulación entre Esparta y Atenas, y contemplamos los esfuerzos de la primera para impedir la reedificación de la segunda; mas ya esa rivalidad asumía un carácter diverso y era, si se quiere, favorable en sumo grado para el progreso de ambas; efectivamente, sin esa mutua emulación, si bien habrían conservado sus libertades, no hubieran desarrollado sus elementos al eminente grado á que llegaron.

Grecia, rechazando fieramente al invasor y á los de-

tentadores de su libertad, dió un ejemplo que luego fué seguido, estableciendo el principio de que ninguna nacionalidad es débil si sus hijos sienten en su pecho el soplo divino y potente del amor patrio.

Cuando rechazado el enemigo invasor adoptó la actitud ofensiva y atacó á su vez las posesiones persas, adquirió mayor respeto aún, y por eso, á pesar de la división reinante entre espartanos y atenienses, vióse respetada y mereció que la altanera Roma enviara á sus decenviros para inspirarse en sus sabias leyes, sus artes y su adelantamiento.

Otra de las grandes adquisiciones obtenidas fué el concederse á todos los ciudadanos voz en las deliberaciones, fundándose así un sistema relativamente democrático, cual justa compensación de los sacrificios que hicieran por la patria, sin más esperanza que serle útiles sin mayor aspiración que conservarla libre, y muriendo heroicamente cuando ella les pidió su vida en holocausto.

Aun hoy, después del inmenso período que nos separa de aquella época, ponemos siempre á esa nacionalidad cual dechado de virtudes cívicas que debemos imitar; aun hoy, no encontrando en la dilatada historia de los siglos subsecuentes acciones tan heroicas, hechos tan gloriosos, abnegación tan sublime, evocamos aquellas portentosas figuras, pidiéndoles su animoso aliento para, á semejanza suya, sacrificar las mezquinas pasiones, los intereses personales, los egoístas orgullos en aras del bien más grande, más preciado y más santo: ¡en aras de la adorada patria!

11 de Julio de 1891.

MARÍA G. ROSALES.

LA TERMOLOGIA, SU IMPORTANCIA Y SUS APLICACIONES

—...—

SEÑORITA DIRECTORA, SEÑORES:

Bendita la ciencia que revela al hombre los secretos de la naturaleza, y le hace concebir lo elevado de su sér sobre todo aquello que lo rodea.

Desdichado de aquel que vive en la ignorancia, pues para él todo es misterio, y todo le llena de confusión y de duda.

Nada encierra tanta belleza y tanta poesía como la ciencia.

Mirad al hombre realizando con ella verdaderos milagros, surcando el Océano en un frágil barco que parece un juguete de las olas, y entre las cuales cruza sin embargo aún en medio de las tempestades, como dando una prueba del triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta.

Mirad á la frágil tela henchida de gas, y á la que llaman aereóstato, escalar, como las aves el firmamento, llevando consigo al inteligente observador que ve á la tierra bajo sus plantas en tanto que él, parece elevarse al cielo á semejanza del pensamiento que demasiado grande se eleva también, y va á perderse en el infinito.